

624 VALENTÍN GÓMEZ

porque mi suegra no era capaz de estarse un momento con las manos y la lengua quietas, ni dejar que nadie conociese más que de oídas, si acaso, el *dolce farniente* de los napolitanos.

Pero al gabinete no llegaba el rumor de la actividad de mi suegra, y como la nieve iba espesando en las calles poco a poco, ni aun el ruido de los coches me molestaba; de modo, que arrellanado en mi butaca, mirando unas veces el fuego de la chimenea y otras el pardo velo que se extendía por la atmósfera, me entregué a la vaga melancolía que una tarde silenciosa y obscura engendra en el espíritu de los hombres soñadores.

Concha trabajaba afanosamente, sin decir palabra, creyendo tal vez que yo estaba pensando en el artículo que había de escribir por la noche, o en las graves cuestiones políticas que traían inquietos y soliviantados los ánimos. Pero yo realmente no pensaba en nada... Miraba el fuego, y luego la nieve que caía y el espeso tul que cubría el espacio..., y la imagen de mi pobre y adorado chiquitín parecía revolotear entre la nieve y las sombras de la tarde..., y me acordaba en seguida de mi madre, que seguía enferma en el pueblo, y de mi padre, a quien Andrés no dejaba vivir en paz, y de la infeliz Isabel, casada con aquel hombre, quizá contra su voluntad o por despecho de mi abandono..., y después mi

617 EL HIJO DEL LABRIEGO

con sus revólvers y mucha gente del bronce, con cada navaja que partía el alma, y no se atrebió a acercarse por nuestra calle. Tampoco con la redacción se metió, entre otras razones, porque cada uno de nuestros cajistas componía con el fusil al lado y era seguro que en cuanto don Tomás se pusiera a la cabeza de ellos no quedaba un porrista ni para contarle. Le constaba a todo el mundo que el hombre no retrocedía ante ninguna clase de peligros, y cuando el braveaba ante las columnas del periódico, lanzando retos a altos y a bajos, es porque no temía ponerse cara a cara de los bajos y de los altos.

En mi casa, sin embargo, no les llegaba la camisa al cuerpo, y la pobre Concha no podía dormirse hasta que me veía sano y salvo entrar en el gabinete en las primeras horas próximas a la madrugada.

—Es una burrada lo que estás haciendo —exclamaba mi suegra cuando yo me ponia a almorzar, a las dos o las tres de la tarde—. El día menos pensado te matan.

—No lo crea usted—le contestaba yo.— Nos tienen miedo, y, sobre todo, el que se expone no pasa la mar, y nosotros la estamos pasando con suerte y con dinero.

Y le arrojaba un manojo de billetes de Banco que me habían tocado en el reparto de las utilidades del periódico.

Mi suegra y hasta mi mujer se convencían de que no me faltaba razón, afe-

angosto y bajo de techo, se llenaba indeciblemente todas las noches que yo me había encargado de dirigir la palabra a nuestros correligionarios. Como no estaba prohibido fumar, y las luces no eran de lo más selecto y brillante en su género, y los concurrentes gastaban pocas levitas y nada de agua de Colonia, a la media hora de discurso veía yo delante de mí una espesa y hedionda niebla que me penetraba en la garganta, me enrojecía la voz y me excitaba los centros nerviosos de tal suerte, que acababa por declamar como un energumeno que se encontrase en una gran taberna poblada de borrachos. Ni sabía yo lo que me decía, ni sabían mis correligionarios lo que aplaudían, pero ellos que de mis labios brotaban a borbotones frases vibrantes, apóstrofes terribles, amenazas empapadas en sangre, a las cuales contestaba aquella multitud ebria de entusiasmos con rugidos y aplausos que estremecían hasta los cimientos de la casa.

Más de una vez temimos que cierta paratida famosa, encargada de contener a garrazo limpio los desmanes de la prensa de oposición y de los autores dramáticos y oradores del club que no daban gusto a aquel liberal Gobierno, invadiese nuestro local y arremasase una tremolina de las que acostumbra. Pero, sin duda, se enteró de que había entre nosotros muchos carniceros con lasas cuchillas, muchos almoros.

Más no era sueño, sino tristeza profunda. Mas no causaban las sombras del mundo exterior y los recuerdos del mundo interior, también lleno de gasas negras y de presentimientos más negros todavía. La pérdida de mi hijo, la mala salud de mi madre, los quebrantos de la fortuna de mi padre, y añadido a estas causas íntimas y personales el amargor que el trato de los hombres y el combate rudo de la vida había dejado en mi espíritu leal y sincero, bastaban para que aquella tarde me encontrase yo en uno de esos estados de abatimiento e inapetencia moral en que parece que se cierran todos los horizontes de la existencia humana y la muerte se presenta a nuestra consideración, más que como un abismo, como una esperanza.

Sin embargo, era joven, tenía delante de mí las extensas llanuras de la vida pública. España cruzaba por uno de esos terribles momentos.

iones, largo,
to y popu-
a pronto en
contra toda
lleno de
s escribían
tas o mas
haba-
de

lar. El salón de nuestras se-
el club: fama de orador...
clase de namias, alcan...
sinceridad y de indignación...
en el periódico: joven, fogoso,
atrocidades que nuestras pluma
mos por nuestras lindas bocas...
nueve a once de la noche, y allí se
neralmente celebrábamos las reuniones
y otros muchos más de idéntico pelaje. Ge-
nos visitaban asiduamente en la redacción,
los Abades, donde se reunían todos los que
teníamos nuestro club: el club de la calle de
Excuso decir que además del periódico
sangre, e...
dia, y a tragedia shakespeariana con mucha
ganillo: lo de don Tomás me oía a trage-
Todo aquello me sonaba a música de or-
venían a traer recados misteriosos al oído:
rigo, ni de los entrantes ni salientes que
Junta, de los chillidos y blasfemias de Ga-
so ninguno de los planes de Rates y de su
en el con profunda atención, sin hacer ca-
fuera sonada. Por eso comencé a fijarme
aquel hombre era capaz de hacer una que-
ria decir, pero sentía en mis adentros que
Yo no admiraba lo que don Tomás que-
por lo sano, buenos: estábamos...
Como otros no se encargarán de cortar
mas—No harán nada más que hablar.
—Tiene razón el viejo—decía cuando
desdiosa...
te, con una tranquilidad sinistra y casi
—El hijo del labriego... 618

aquel deslumbrador argumento con que la
lógica de Aristóteles no contó jamás, y ba-
jando la cabeza se resignaban humilde-
mente a que yo corriera algunos peligros,
a trueque de que fuera trayendo a casa
muchos papelitos de aquéllos...
Luchando en el periódico, perorando en
el club y ganando bastante dinero, pasó el
mes de Noviembre, y llegaron los días he-
lados y sombríos de Diciembre, sin que
mis valerosos correligionarios cumplieran
su palabra de echarse a la calle, a pesar
de que el rey Amadeo iba a venir muy
pronto a ocupar el trono que habían deja-
do vacante los Borbones por obra y gra-
cia de la revolución de Septiembre.
Desde los primeros días del último mes
del año observé que don Tomás faltaba
con bastante frecuencia a la redacción. Or-
dinariamente traía un artículo escrito, tan
frcz como todos los suyos y acaso más
que la mayor parte de los anteriores, y se
narchaba sin decir a nadie una palabra.
A veces le cogía Rates en un rincón del
pisillo, al entrar o salir, y le preguntaba
cin mucho misterio.
—Pero qué, ¿hay algo, don Tomás?
—No—contestaba el otro procurando
tirarse de preguntas indiscretas.—No hay
nda. ¿Qué ha de haber?
—Es que—replicaba Rates—sentiría que
el caso de que hubiera algo no contase
ted conmigo.

626 VALENTIN GÓMEZ
periodos de crisis en que parece que los ca-
racteres enteros y honrados han de abrirse
paso necesariamente entre los montones
de escoria y cieno que acumulan los sacu-
dimientos políticos, y yo gozaba de no es-
casa popularidad en mi partido, cuya fuer-
za había de ser mayor a medida que se de-
sarrollasen los principios democráticos en
que se hundaba...? Por qué, pues, se había
apoderado de mi aquella tristeza intensi-
ma y honda que apagaba mi natural entu-
siasmo, y como que secaba en mi corazón
la fuente de todos los sentimientos gene-
rosos y la aspiración de toda prosperidad
y grandeza? Que se yo... Era tal vez las
primeras ráfagas del desengaño, ese terri-
ble *simon* que abrasa y tróncha las flores
más frescas de la juventud... Era quizá el
efecto moral de una causa puramente ma-
terial; estos, de las sombras tintas de
aquella tarde casi polar que envolvía a la
capital de España en un sudario de nieve...
o acaso el presentimiento de alguna trage-
dia formidable que se incubaba en la som-
bra, y a la cual, quien sabe, si yo mismo
habría contribuido inconscientemente con
la violencia de mis artículos y lo belicoso
de mis discursos en el club de los Abades.
De pronto recordé que el rey Amadeo
debía llegar de un momento a otro a las
costas de España a tomar posesión de la
corona que le habían regalado unos cuan-
tos señores, que ciertamente podían repre-

punta de la nariz, y que serían muy cerca
de las dos de la tarde cuando me arrojé de
la cama y pedí el almuerzo a mi cara cos-
tilla, que tuvo la bondad de servírmelo en
el mismo gabinete.
Levanté los visillos del balcón y eché
una mirada por el espacio. El cielo de co-
lor de plomo, la atmósfera espesa y húme-
da, los tejados blanquecinos y las calles
como los tejados, me indicaron que empe-
zaba a caer una nevada bajo la mentirosa
apariencia de llovizna y niebla.
La tarde convidaba a meterse en un ca-
fé o en un teatro, ya que no a tumbarse en
una butaca junto a la chimenea y pasar las
horas contemplando el entretenido chispo-
rroteo de los leños de encina y las inquie-
tas llamas que, lamiendo las paredes o len-
güeteando en el aire, se pierden por el tu-
bo arriba como si alguien tirase de ellas
desde el tejado.
Comencé por disfrutar de este último
placer después que hube almorzado, sen-
tándome en una de las butacas del gabi-
nete, la que daba frente al balcón. Mi Con-
cha se puso a coser, levantando las corti-
nillas para que la escasa luz de aquella
sombria tarde penetrase toda entera en la
habitación, y mi suegra andaba por las
piezas interiores, no sé si sacudiendo el
polvo de algún mueble o dando voces a la
doméstica, o mandándole fregar el suelo
de la cocina..., haciendo algo, de seguro

—No quedo ella muy satisfecha del todo, pero me dejó marchar tranquilamente, pues habían de ir a buscarme.

—No tengas cuidado. Si hubiera novedad y yo temiera algún peligro, ya sabes lo que te tengo dicho. En vez de venir a casa me iría a la de Pichón, porque allí no cesó—repuso Concha alarmada.

—¡Por Dios, Sebastián, mira lo que ha- que me coja desprevenido.

—A dar una vuelta y a ver si ocurre algo. No se por que se me antoja que podría suceder alguna cosa gorda, y no quiero preguntarlo.

—¿A dónde, con la tarde que hace?—me preguntó.

—Me voy.

—Me puse en pie y le dije a mi Concha, diendo de pronto mis perezosos huesos, taba ennegreciéndome el alma... Y sacu- mejor dicho, mi tenebre modorra que es- Al mismo tiempo divertía mis ideas, o dero, de asquerosa recordación.

Y nauseabundas galletas del famoso Salamanos de la policía y luego en las infectas precauciones y no caer como un tonto en la calle a ver si adquiría noticias en alguna vación republicana, determine echarme a mente con la cien veces proyectada suble- había de coincidir más o menos exacta- mientos de la patria; y como aquel hecho sentario todo menos los verdaderos senti-

EL HIJO DEL LABRIEGO 627

622 VALENTIN GÓMEZ

los Inocentes, una de las fiestas más bulli- ciosas y alegres de la Pascua de Navidad.

La noche anterior la había pasado casi toda en la redacción, porque dió la casualidad de que nos encontramos solos para hacer el número don Angel y yo. Don Tomás faltaba hacia cuatro o seis noches, sin que nadie supiera dónde pasaba el tiempo. Juanito Peneque vino un momento a pedir un duro al administrador, porque *aún no se había desayunado* (era una de sus fórmulas) y *tenía a su madre enferma* (otra de sus fórmulas), y se marchó inmediatamente... a jugarse el duro a la timba más próxima.

Los demás redactores no vinieron porque no les dió la gana (único y poderoso motivo que les hacía faltar muchas veces a cumplir con su deber), y en cuanto al director, Ratés, estaba más ocupado que nunca en lanzar miradas terribles alrededor de sí, poniéndose el sombrero sobre las cejas y anunciando a sus compañeros y agentes de conspiración que la hora solemne se acercaba y que todo el mundo estuviera en sus puestos.

Tuvimos, pues, que arrimar el hombro el pobre don Angel y yo, haciendo artículos, sueltos, noticias y todo cuanto era necesario para llenar de palabras gordas las interminables columnas del periódico.

En suma, que me retiré a las cuatro de la mañana, con un frío que me helaba la

—Pero! que tontos sois! Vosotros creéis que van a levantarse! Quia, hombre! Estoy muy acostumbrado a estas conspiraciones, y se lo que pasa. Mientras no vean que la pelota se viene a la mano, o que tienen bien guardadas las espaldas, lo mismo se sublevarán ellos que yo.

—Esto nos lo referta en confianza Ratés a última hora de la noche a don Tomás y a mí, porque éramos los únicos a quienes él hacía estas revelaciones, en la seguridad de que no hablamos de cometer ninguna imprudencia.

—Hombre, por Dios—saltaban lamayor parte de los junteros supremos—, si lo hay elementos para nada, a no ser para recibir una paliza que nos haga ver las estrellas.

—Un viejo muy camastón y muy práctico, que por su edad, por sus antecedentes y por sus rentas solía presidir aquellas reuniones, opinaba invariablemente por la retirada. Si, hijos míos, si—decía—Que se le vayan cuanto antes. Si puede ser hoy, que no lo dejen para mañana. Ahora, corre, llévales la orden de nuestra parte.

Y cuando el zapatero se marchaba, y los enemigos del movimiento insurreccional increpaban al viejo por aquella horrible temeridad que podía costar mares de sangre inútil, el viejo se reía, y trotándose las manos exclamaba:

—Hombre, por Dios—saltaban lamayor parte de los junteros supremos—, si lo hay elementos para nada, a no ser para recibir una paliza que nos haga ver las estrellas.

—Un viejo muy camastón y muy práctico, que por su edad, por sus antecedentes y por sus rentas solía presidir aquellas reuniones, opinaba invariablemente por la retirada. Si, hijos míos, si—decía—Que se le vayan cuanto antes. Si puede ser hoy, que no lo dejen para mañana. Ahora, corre, llévales la orden de nuestra parte.

Y cuando el zapatero se marchaba, y los enemigos del movimiento insurreccional increpaban al viejo por aquella horrible temeridad que podía costar mares de sangre inútil, el viejo se reía, y trotándose las manos exclamaba:

VALENTIN GÓMEZ 614

IL HIJO DEL LABRIEGO 619

—Le digo a usted que no hay nada. Ustedes sigan deliberando en la Junta y... ¡jea!, hasta mañana.

Y desaparecía sin que nadie pudiera sacarle del cuerpo ni una sílaba más.

A mí se me había metido en la cabeza que aquel hombre traía algo gordo entre manos, y así se lo indiqué en confianza al bueno de don Angel, que meneó su venerable calvicie de derecha a izquierda, diciéndome:

—Yo no sé lo que hace don Tomás; pero crea usted que de todos los que andan por aquí es el único que tiene sangre de toro bravo en las venas.

—Esó digo yo—contesté.—Me parece que este es de los que pegan, y duro.

—Tan duro—añadió don Angel—, que a mí ya no me llega la camisa al cuerpo, Sebastianito.

—¿Cómo!—le pregunté.—¿Espera usted que se arme algo serio?

—Hombre, lo que yo espero es que el día menos pensado, sino nos matan en la redacción, nos cojan a todos al salir a la calle y nos lleven primero a la cárcel, y luego a las Marianas.

Confieso que en medo de la agitación política en que entonces vivíamos y de la libertad escandalosa que os derechos individuales nos concedían a todos, no se me había ocurrido que pudiera dar con mis huesos en la cárcel o en las islas de la re-

Y Garrigó, coñido de improviso, soltaba los dos duros, que no volvía a ver en todos los días de su gloriosa existencia.

Raés, desde que yo entré a formar parte de la redacción, escribía poco, o casi nada. Pasábase la mayor parte del tiempo en su despacho, recibiendo a los patriotas que iban a enterarle del estado de los asuntos y escribiendo centenaras de cartas a los Comités republicanos de toda España. Pronto comprendí que los asuntos que Raés tenía entre manos referíanse a la conspiración con que *estábamos* tramando para impedir que el rey Amadeo se sentase en el trono de España. Esperábamos, según me dije, que los carlistas se echaran al campo para echarnos nosotros a la calle. Ellos se-
rian los sublevados *rústicos* y nosotros los *urbanos*; pero era el caso que a lo mejor se descollaba uno de nuestros más distinguidos maestros de obra prima diciendo a Raés y a los que componían una especie de Junta suprema, directora de los trabajos de conspiración:

— Ciudadanos, ¡que ya no podemos con tener a la gente! ¡Que esta noche la armamos sin remedio y vengo a pedir la orden!

Raés se echaba el hongo sobre las cejas lanzaba miradas amenazadoras a una otra parte, se atusaba la barba, como cuando que el estaba también impaciente por no armarla, y decía:

— ¡Creo que debemos dar la orden.

mota Oceanía; y la verdad es que semejante idea no me hizo maldita a gracia.

— Buena se pondría mi suegra— pensaba yo— y buen susto se llevará mi pobre Concha si me ocurriera un pecance de esa especie! Hay que estar sobre aviso.

Y, en efecto, desde aquel día procuré salir cuanto antes de la redacción, huyendo de la compañía del alborotador Garrigó y del perdido de Peneque, y escatimé cuanto pude mis conferencias en el club de los Abades. Yo calculaba que la atención de la policía y aun de mis propios correligionarios se fijaría menos en mí reservando mi persona y mi palabra en los actos públicos del partido. Pero sucedió precisamente lo contrario. Lo mismo que yo sospechaba de don Tomás desde que parecía haberse separado de todo el mundo, llegaron los demás a sospechar de mí en cuanto empecé a retraerme, y así me lo indicaron las reticencias de mis amigos y las frases y alusiones intencionadas que me dirigían, suponiendo que yo estaba completamente de acuerdo con don Tomás en algo que ellos no adivinaban, pero que debía de ser de muchísima importancia.

¡Y lo que es la vanidad humana! Aunque semejantes sospechas me intimidaban, porque fácilmente podían traspasar el círculo de mis amigos y llegar al de la policía, con lo cual a primer suceso gordo que ocurriera en sentido republicano ya me te-

blico que indicase la inminencia de graves sucesos. Yo mismo no tenía fundado motivo para esperarlos, porque a las eternas alharacas de mis correligionarios no les daba sino un valor muy relativo.

Sali, pues, de casa, y me dirigí al café Oriental, donde solían reunirse a aquellas horas unos cuantos republicanos y partidistas de oposición, que por lo general estaban bien enterados de la política al por mayor y al detalle.

Precisamente lo primero que me preguntaron al acercarme a la mesa fue lo que preguntaba casi siempre un español al encontrarse con otro:

— ¿Qué hay?

— Eso digo yo— contesté tomando una silla y formando una parte *alocuta* del númerooso corro.— ¿Qué hay?

— Pues si tu no sabes nada— dijo un periodista, — que pasas por ser uno de los mejores enterados en los secretos del republicanismo, ¿quien va a saber?

— Ahí verá— repuse.— Yo salgo de mi casa únicamente para oír noticias, porque estoy *in albi* de todo. ¿No se ha sublevado nadie todavía?

— Nadie— dijeron a coro.

— ¿Ni los carlistas siquiera?

— Ni los carlistas.

— ¿Y vamos a dejar entre todos que he-
que tranquilamente a Madrid el príncipe italiano?

nia yo ganado un puesto de primera fila en el Saladero; sin embargo, acabó por halagar mi amor propio el que mis correligionarios me creyeran capaz de estar en convivencia con D. Tomás, que, según la frase de don Angel, tenía sangre de toro bravo.

Así, que dejé de protestar contra aquellas sospechas y me limité a negar flojamente que se pensara en hacer nada serio y que yo tomase parte activa en los asuntos que don Tomás podía traer entre manos. Mi actitud reservada, mis negativas secas y en cierto modo desdeñosas, acrecentaron extraordinariamente el concepto de hombre de acción que se había empezado a formar de mí en los círculos de nuestro partido, y ya estaba próxima la Navidad de aquel año cuando este buen Sebastián Iñiguez, joven honrado y amigo fervoroso de la justicia, y buena persona (aunque me está mal el decirlo) por todos los cuatro costados, era a los ojos de una multitud de gente un conspirador terrible y un mozo de temple a quien no se le ponía nada por delante.

De esta manera se forman muchas reputaciones en el mundo, que nuestra propia debilidad contribuye a mantener hasta el punto de engañarnos a nosotros mismos.

Emilia, preciosa criatura que subió al...

En el segundo concurso de camiones...

VALDESPINO JEREZ

Las circurstancias por que actualmente...

Las circurstancias por que actualmente...

Los nuestros queridos amigos D. Juan...

DECLARACIONES DEL SR. DATO

Al conferenciario hoy el Sr. Dato con...

ULTIMA HORA

Conferecias telegraficas con nuestro...

INFORMES DE LA GUERRA

Los austriacos. Comunican de San...

INFORMES ALEMANES

La colonia alemana de Las Palmas ha...

LOS ALEMANES EN BRUSELAS

Comunican de Paris que se ha librado...

AVANCE DE LOS ALEMANES

Para contrarrestar el efecto que produce...

Nos consta que, apesar de las circurstancias...

EL INCIDENTE DE TANGER

Ha llegado a Algeciras un alemán fugitivo...

INFORMES INGLESES

En Londres se han recibido noticias de...

DE BELGICA

El Gobierno belga ha dirigido una animosa...

PROTESTA DE FRANCIA

El Gobierno francés ha dirigido un memorandun...

VICTORIA DE LOS MONTENEGRINOS

Comunican de Cetigne que las tropas montenegrinas...

INFORMES ALEMANES

La colonia alemana de Las Palmas ha dirigido...

LOS ALEMANES EN BRUSELAS

Comunican de Paris que se ha librado un...

REGIMIENTO SUBLEVADO

Un regimiento austro-hungaro, formado por...

DE ROMA

Una hermana del Papa llamada Ana hallase...

DE SAN SEBASTIÁN

El accidente sufrido por el Príncipe...

pe de Asturias jugando en la playa, no...

DE BARCELONA

Existen dificultades para dar salida al vapor...

INFORMES OFICIALES

Comunican de San Sebastián que el ministro...

INVENTO ÚTIL

Los labradores castellanos han aceptado con...

BUITRAGO

Por término de 30 días y por renuncia...

DECLARACIONES DEL SR. DATO

Al conferenciario hoy el Sr. Dato con los...

INFORMES OFICIALES

Comunican de San Sebastián que el ministro...

VACANTE DE MÉDICO TITULAR

Por renuncia del que lo desempeñaba a la...

VICENTE ALVAREZ

Quien desee comprar alguna de estas...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

EL HIJO DEL EREMITA

niendo al lado de uno de los beligerantes...

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

ANUNCIOS

ES LANARÉS. Se venden 136 merinas, co-

Para un asunto urgente rogamos a los señores...

COLEGIO DE LA PRESENTACION

Enseñanza de párvulos, niñas y señoritas.

Preparación completa para la carrera del...

PLAZA DE SACRISTAN

Se halla vacante el cargo de sacristán en...

CONSULTORIO MEDICO-QUIRURGICO

DIRECCIONADO POR LOS PROFESORES PEDRO GONZALEZ ANGEL BERNABE

Uno de los médicos de este Consultorio permanecerá...

A LOS LABRADORES

Abn. nos minera es. Supe. r. f. d. ca. l. 12/20...

VICENTE ALVAREZ

Quien desee comprar alguna de estas máquinas...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

EL HIJO DEL EREMITA

bían cometido para enganar al pobre Pichón...

